

# Los cincuenta... y luego

*Jaime Augusto Shelley*

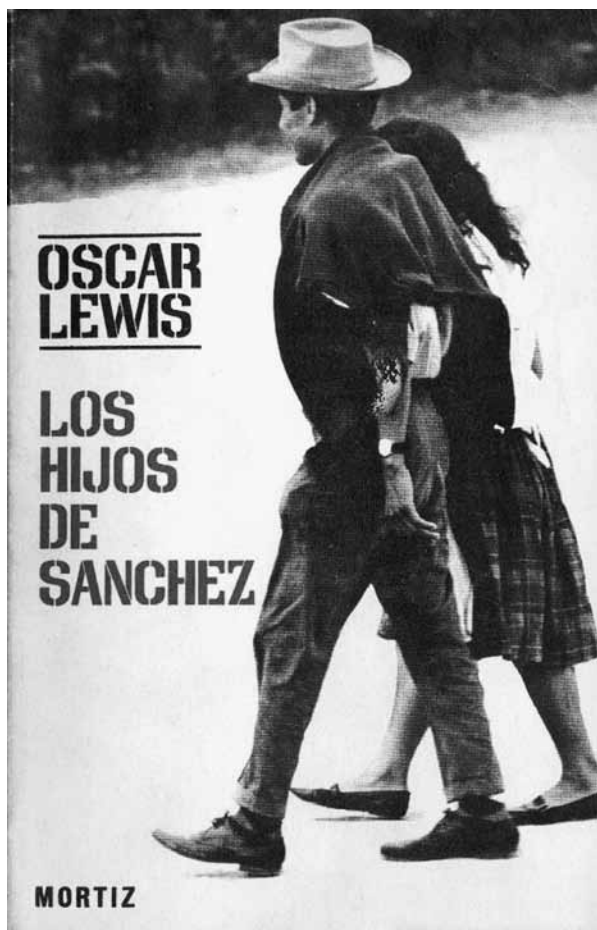
Fotografía: Alejandro Arteaga

PARA ESAS FECHAS (finales de los cuarenta o principios de los cincuenta), el Fondo de Cultura Económica había entrado en una nueva dinámica gracias a la decisión de su Consejo de Administración de traer de Argentina al doctor Arnaldo Orfila Reynal para administrarlo.

Don Arnaldo tenía un espíritu empresarial muy agudo y con mano firme sacó del marasmo a la empresa que, fundada y dirigida por intelectuales, sin experiencia administrativa ni visión organizativa, no había podido siquiera imaginar el potencial desarrollo de la editorial. Declinaba el poder de Alfonso Reyes, y la lucha en el sector cultura afluía aquí y allá, cupularmente, con grupos de signo ideológico variopinto y tradiciones entrecuchadas. El núcleo original, conformado por refugiados españoles junto con un número pequeño de mexicanos, aspirantes al poder, publicaba libros, pero luego no sabían, bien a bien, qué hacer con ellos (como ahora).

Orfila dio un giro importante al arrojarse de lleno al campo de la literatura, sin dejar por ello de mantener la línea de producción de los temas científicos, de ciencias sociales y filosofía. Pero no sólo eso: sacudió al mundillo de las letras incorporando la colección Letras Mexicanas, en la que publicó a escritores noveles, prácticamente desconocidos en ese entonces como Juan José Arreola, Juan Rulfo, Carlos





Fuentes. Y además, les pagó. Porque era costumbre de los escasos editores de la época publicarle un libro a alguien, siempre y cuando el autor pagara la edición o, al menos, una parte de ella. El grueso de las ediciones eran subvencionadas por los gobiernos, federal o estatales.

Otra innovación que don Arnaldo introdujo fue la de pagar las notas bibliográficas a los periodistas que recibían retribuciones miserables en los diarios y revistas. La aportación que hacía el FCE a la economía de los *tundeteclas* era sin presión alguna: notas a favor o en contra se pagaban por igual.



Los libros del Fondo se vendían bien en Sudamérica y España, pero existía el problema de la transferencia de fondos de esos lugares de vuelta a México. Todos ellos tenían controles de divisas muy severos.

Y era una buena cantidad de dinero. Orfila decidió abrir sucursales del Fondo de Cultura Económica, editoriales con capacidad de producción y distribución propia en esos países con posibilidades de competir en los mercados locales. La medida tuvo efectos muy importantes en las finanzas de la empresa, que se vio fortalecida y con gran presencia en el mundo de habla hispana.

Tal éxito no podía sino llamar la atención de los ambiciosos y mendaces miembros de nuestra comunidad “intelectual”, burócratas resentidos y xenófobos que aprovecharon la primera oportunidad para lanzarse sobre el pastel, acusando al insigne editor (que, por cierto, era en sus orígenes veterinario especializado en producción lechera) de muchas cosas, entre otras, de ofender la dignidad nacional cuando publicó *Los hijos de Sánchez*, un estudio sociológico de Oscar Lewis que causó gran revuelo en la acartonada sociedad mexicana, tan pudorosa. Se exigió la salida del argentino indeseable, su expulsión incluso de nuestro *querido* México. Un numeroso cuerpo de académicos e intelectuales apoyó a Orfila, en particular un grupo que había alcanzado cierta prominencia en el periodo, reunido en torno a la revista *El Espectador*, de modo que Orfila sólo fue despedido.

Su salida produjo un efecto distinto al esperado. De inmediato

reagrupó a los intelectuales y académicos más destacados y creó, en gran parte con su propio capital, la editorial Siglo XXI. En tanto que, quien había sido gerente de producción por largos años, Joaquín Díez-Canedo, fundó otra empresa, Joaquín Mortiz, que se volvió, con el paso de los años, una de las editoriales más importantes, especializada en la publicación de jóvenes escritores. Y la cadena de sucesos siguió su curso y llevó a una “democratización” de la literatura a punto tal que ahora es imposible discernir en las librerías un título bueno de uno malo: tal es la profusión.

Hacer libros y venderlos se convirtió, con los años, en una industria muy próspera, y no podía faltar el elemento básico de todo negocio: el factor ganancia, el factor ahorro de costos, la introducción de un pensamiento capitalista *moderno*, de modo que las empresas trasnacionales (primero las gringas, luego las españolas) se apoderaron del mercado, dándole un carácter por completo comercial, muy *light*, con mercancía susceptible de ser vendida en cualquier plaza de Hispanoamérica.

La extraordinaria cruzada emprendida por Arnaldo Orfila Reynal, que llevó a México a ocupar el primer lugar en el mundo de las letras en español, llegó a fin, devorada por las hienas y los parásitos que las acompañan.



Por otra parte, el sistema centralista de nuestro país federal establecía, como eje inobjetable de decisiones, a la ciudad de México como rectora de toda actividad, fuera ésta productiva o creadora. De modo que en algunas ciudades prósperas de la República se publicaban libros y alguna que otra revista, pero de carácter casi siempre local, sin difusión amplia.

La inquietud sobre el destino incierto de esas publicaciones llevó al extraordinario novelista Sergio Galindo, al asumir la dirección de publicaciones de la Universidad Veracruzana, a tratar de romper con ese designio, aprovechando el sorprendente impulso que recibió la Universidad, entonces bajo la rectoría del doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, a la que se reconocía ya por sus avances en el estudio de las culturas prehispánicas del

Fotografía: Alejandro Juárez



Golfo, en particular la Totonaca, y con vínculos académicos muy sólidos que logró establecer con fundaciones y universidades extranjeras. En ese entorno favorable de aceptación, Galindo creyó poder romper el cerco de la tradición centralizada.

Con mirada puesta en el horizonte, dio a la revista *La palabra y el hombre* un aliento continental y trabajos de primera línea, tanto literarios como de antropología e historia. Nombres poco conocidos en México comenzaron a aparecer en sus páginas. La buena acogida que recibió en los países de lengua española la convirtió en una de las mejores del país. Tenía diseño y formato muy novedosos y adelantaba, por mucho, a las editadas en la capital. Asimismo, la colección Ficción se fue consolidando con títulos de autores que más tarde alcanzarían renombre mundial, como por ejemplo Gabriel García Márquez.

Como en todos los demás órdenes de la vida nacional, la truculencia del 68 dio al traste con ese proceso de emancipación, y el ostracismo gradualmente volvió a tomar su lugar, de manera lenta pero inocultable. En Xalapa siguen publicándose libros y revistas, aunque no alcanzan a difundirse, como sucede con otros centros de gran importancia y tradición regional: Monterrey y Guadalajara, por citar sólo un par de ellos, o Zacatecas.

Tengo en mis manos, un tanto accidentalmente, un libro recién aparecido bajo el sello de la Universidad Veracruzana. Se llama *Carlos Jurado*, con el subtítulo (en páginas interiores) *y el arte de la aprehensión de las imágenes*. Es un libro hermoso, muy cuidado, donde se explora el trabajo del renombrado artista plástico chiapaneco, quien fuera por muchos años maestro y guía espiritual de la Facultad de Artes Plásticas de la uv. Con numerosas ilustraciones de gran calidad y textos interesantes, se refiere el tránsito del artista en su búsqueda, siempre experimental, de nuevas rutas expresivas, lo que lo llevó en algún momento a toparse

con los orígenes de la fotografía y los subsecuentes resultados de sus hallazgos. Se toca poco el importante trabajo plástico del artista, y el enfoque central de los autores se refiere a su trayectoria fotográfica, quizá debido al interés específico de los comentaristas en ese sentido.

De todas maneras, el libro tiene una importancia documental de primer orden y debería darse a conocer no sólo nacional, sino internacionalmente, dado su alcance de carácter mundial.

Dudo que esto llegue a suceder.

Me referiré, en otro momento, a libros muy interesantes publicados en el *interior* del país. Pequeñas alegrías en mitad del horror que padece nuestro país. ¡*Que se vayan todos!* parece ser el único camino. ▀



Fotografía: ThinkStock